

## El martirio de un dios negro

El invierno es frío. Sus tardes brumosas acentúan las diversas formas de la desdicha y el desamparo. Han transcurrido años y aún recuerdo el episodio que voy a relatarles... Llevaba poco tiempo en Santiago. Por fin conseguí trabajo y alojamiento en una pensión que hacía honor a su ubicación precaria: Las Vegas. Un edificio antiguo y anclado en medio del barrio Mercado Central que eventualmente podría venirse al suelo, bastaba un remezón fuerte o una lluvia inclemente. En el primer piso, entre una añeja tienda de cuchillos y una importadora de telas, un zaguán flanqueaba el inicio de la escalera. No era empinada y podía subirse sin esfuerzo hasta el altillo. De seguro los inquilinos, adultos mayores algunos, no pensaban igual y por ello la arrendataria los mudó a los cuartos del primer piso.

Mi pieza tenía un ventanal enorme y a lo lejos contemplaba, más allá de los techos grises y de las chimeneas con hollín, las montañas blancas y la salida del sol –cuando el esmog lo permitía– asomándose como una pequeña bola candente a los contornos de la vida citadina.

De entrada, el portero me aconsejó sobre la falsa seguridad del sector y del cuidado que debía tener al llegar por las noches; era un barrio peligroso. Los

ladrones tenían madrigueras y era habitual ver pordioseros y lumpenescos personajes ocultos tras los quioscos o en improvisadas carpas.

Una tarde de regreso a la pensión vi a un niño de color, de unos cuatro o cinco años, estaba en la escalera de ingreso, manipulaba un juguete roto. Lo miré e hice un comentario sobre la pieza estropeada. Él me miró y pareció no entender mi idioma. Quise hacerle un cariño en su voluminosa cabellera ensortijada y azabache, enseguida apareció la madre y le ordenó –entre molesta y temerosa– que volviese adentro. La mujer, también de pelo afro, tenía unos hombros angulosos, donde pendía un modesto chaleco desgredado, balanceaba su cabeza, la nariz, larga y filosa sobresalía entre unas mejillas pálidas y hundidas. Su mirada extraña y distante no me quitó la vista durante unos segundos que me parecieron eternos. Algo ocultaban esos ojos negros que me dejaron confundido por un buen rato; de hecho, si me preguntasen qué palabra podría asociar automáticamente sería martirio, no sé por qué.

A la mañana siguiente encontré al portero aseando las baldosas y pregunté por la mujer del 201. Dijo que se rumoreaba era la viuda de un traficante baleado mientras cruzaba a la Vega Central. En tanto lo oía, reconocí el rostro de la mujer asomándose sigilosamente por la puerta entrejunta y volverse a ocultar. Yo tenía un vozarrón y puede que me haya escuchado.

Esa noche, mientras preparaba un café, escuché quejidos angustiosos y el lloriqueo de un niño. Antes había escuchado ruidos extraños, pero jamás un llanto terrible. Provenía de la habitación contigua, el cuarto de la mujer y su hijo. Pensé que lo correcto era asistirle, podría tratarse de alguna desgracia y decidí golpear su puerta. ¡Toc. Toc! Se sostuvo un gran silencio: percibí el golpeteo de

un insecto, el ruido que hacía un roedor bajo las escalas, el silencio sospechoso de un pasillo lúgubre. Todo era perceptible a esa hora de la madrugada. Insistí.

De pronto la mujer asomó la cabeza. Pálida, rígida. Por alguna extraña razón no me salió palabra.

—¡Mi hijo está muy mal –suplicó con un español *champurriado*–, por favor ayúdeme!

La miré con compasión. Leí su desamparo. Su enorme soledad y, la mía. La casualidad fatal que vincula a dos seres insignificantes: una madre preocupada por la fiebre de su hijo y un operador de maquinaria agrícola recién llegado.

Me invitó a entrar. Acepté. Su pieza olía a humedad y pasto seco. Había un tarro con hierbas puesto sobre una estufa que inundaba el aire. Las ventanas, que daban a un patio interior, estaban clausuradas. La única luz provenía de un mezuquino foco. Sobre la cunita del chico enfermo la estampita de un santo, también negro, rodeado de flores secas, y el rostro de una suerte de Cristo desteñido en un marco de madera colgaba del respaldar de la cama. Alrededor, decenas de velas encendidas como si buscasen la representación de un altar; extraño sortilegio. No me cupo duda, la mujer era haitiana. Sabía, de oídas, que allá el vudú es la religión mayoritaria y la creencia en entidades espirituales que entran en contacto con los hombres y controlan sus destinos está muy arraigada. Todo aquello me parecía perturbador.

Toqué al niño y estaba hirviendo.

—¡Llévelo a la posta! –le recomendé, preocupado.

Súbitamente la mujer se acercó, aferrándoseme. Sentí sus manos en mi cuello, no estaba seguro que buscasen protección. Me hice a un lado –

temeroso—, aconsejándole como quién no quiere verse comprometido con el dolor ajeno.

—Póngale paños húmedos en la frente y axilas, dicen que hace bien.

Regresé rápidamente a mi cuarto. El único farol encendido colgaba en el pasillo proyectando mi sombra: gigantesca y precipitada.

Me recosté en mi cama. Me hervía la cara. No supe por qué.

Aún oía los llantos a través del muro y presentí que en cualquier momento el niño podría empeorar.

No conseguía dormir. Estaba alterado e inquieto.

Al cabo de una hora o quizá un poco más, sentí los pasos de la mujer acercándose a mi cuarto. Se detuvo. Un largo minuto de espera. Contuve la respiración. Una solidaridad ¿o un instinto confuso? me hizo abrir la puerta y comprobé que allí estaba: estática frente al 202 escrito en mi puerta. Como un fantasma negro.

—¿Cómo está? —pregunté, nervioso.

—Por fin duerme.

Distinguí el óvalo de su rostro en la oscuridad. El farol no iluminaba su cara, solo el halo de su cabello afro. Se me acercó un paso y retrocedí bajo el dominio de una emoción incontrolable. Quería hablar, pero no sabía qué decir. Insistí torpemente que el chico sanaría, así sucede siempre con los niños. Lo dije sin certeza, yo nunca tuve hijos y agradezco mi cobardía.

—¡Váyase, su hijo estará bien por la mañana! —la empujé hacia su puerta.

Desperté con la cabeza abombada, como si no hubiese dormido y con un sabor amargo en la boca. Me vestí apresuradamente —estaba atrasado—. Durante la

jornada pensé un par de veces en cómo habría resuelto la mujer el tema de su hijo. Fue un día extraño. También pensé que si hubiese sido padre no me sentiría tan solo y rara vez apenado; aquella sensación de que uno va a morir de súbito y nadie se enterará ni te extrañaría me inundó. Deprimido, a la hora de colación me senté solo en uno de los mesones del casino. La comida estaba fría y la dejé. En la azotea fumé un cigarrillo. Los colegas se divertían viendo una película subida de tono en el celular de uno de ellos. Dos eran de color, operarios de la unidad de empaque. Siempre me parecieron unos tipos chocantes. Cuando fui al baño sentí que el dolor de próstata regresaba. Volví a deprimirme, esta vez con razón.

De camino a la pensión pasé a una importadora China y compré un tren a cuerda. Por el precio fue lo mejor que pudieron ofrecerme. La vendedora ofreció envolverlo en papel de regalo. Dije que no. La mujer me miró sorprendida. Yo también lo estaba de hacer una compra así: ¿lo hice por ganarme al niño y así impedir que ella hiciese algo contra mí? ¿A qué recelase? A pesar de, me alegró imaginar la cara del niño cuando se lo diera.

Me apuré. Ansioso. La puerta de calle estaba colmada de gente, lo mismo el zaguán. En sus rostros se adivinaba fatalidad. Subí esquivando a la muchedumbre y llegué al cuarto. La puerta estaba abierta. Me acerqué a ella y vi al chico rodeado del personal médico. El niño estaba envuelto en unas sábanas con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados. Sus manitas pendían laxas. No me atreví a decir nada. Su boca amoratada daba el aspecto de una asfixia. Su madre estaba paralizada, como clavada al piso y hablando en una lengua extraña. Temblé cuando se me quiso acercar. Volví a sentir la cara caliente. Oculté en mi casaca el regalo y bajé las escaleras, aprisa. Abajo las

señoras preguntaron si alguien convenció a la mujer de entregar al chico a la ambulancia. No respondí. Al mismo tiempo llegó una patrulla de carabineros y algo después la PDI. Todos los del conventillo se veían sorprendidos. Preferí alejarme.

Caminé intentando comprender por qué todo aquello. No supe dónde ir ni para qué continuar. De lo que sí estaba seguro es que jamás podría olvidar esa noche, a la mujer y su hijo, el olor de ese cuarto y las imágenes de un dios negro rodeado de velas.

Cerré los ojos por un momento. A mi mente volvió la palabra martirio. Segunda vez que no supe la razón.

Tampoco sabía qué hacer con el trencito a cuerda. Lo saqué del bolsillo y arrojé a un tarro de basura.

De súbito una mano laxa de piel oscura me lo devolvió.

—¿Es mío? —Preguntó con su voz de niño.